

par en aquel momento el puesto de Beatriz de Guzman para con su blanca mano coronar al simpático vencedor.

Este se hincó de rodillas ante *la bella de las bellas*, que con lisonjera sonrisa le cruzó la banda por el pecho. Al hacerlo, vió la hermosa jóven una mancha de sangre sobre la luciente armadura y lanzó un grito.

—Estais herido? le dijo.

El caballero contestó que era solo una astilla de la armadura que le habia hecho un rasguño en el brazo. La hermosa Beatriz entonces, cediendo á un arranque entusiasta que como todo corazon de muger sentia por el vencedor, tomó el rico manto de grana que una de sus damas guardaba para con él envolverse á la salida del torneo, y rodeó con el manto el brazo del paladin.

—No lo abandonaré jamás,—dijo este,—vestiré de hoy en adelante vuestros colores.

Y desplegando el manto se lo puso sobre los hombros al son de los aplausos repetidos de la multitud.

De ahí el nombre que todos le dieron de *caballero del capúz colorado*.

Pocos dias despues se tuvo noticia de una hazaña contra una partida de moros á los que habia puesto en fuga un caballero solo y desconocido que vestia sobre la armadura un capúz de grana.

Mas tarde algunos hechos parciales en la misma Segovia, algunas aventuras nocturnas en las que siempre figuraba con éxito el mismo caballero, le alcanzaron al desconocido cierta fama en la corte y cierta nombradía entre el pueblo. Llegó á presentársele como tipo del valor y de la caballería, nada sucedia rodeado de algun misterio que no se le achacase; en una palabra, se hizo célebre, popular y temido el nombre del *caballero del capúz colorado*.

Esto es lo único que Segovia sabia del sér verdaderamente misterioso al cual hemos visto figurar en la aventura nocturna de Rompetejas.

II.

LA BELLA DE LAS BELLAS.

RETIRADO estaba en su gabinete de armas el conde Don Fadrique de Guzman pasando revista á todo su militar equipaje en compañía de su escudero mayor, cuando le anunciaron la visita del noble señor Don Nuño de Torre la Selva.

Dió orden para que se le introdujera, y al estar los dos amigos en presencia uno de otro, despues de los usuales cumplidos, notó Don Fadrique que el semblante de Don Nuño le anunciaba alguna novedad.

—Qué teneis, amigo mio? qué ocurre?—le dijo.

—Despedid á vuestro escudero, conde.

Don Fadrique hizo seña al escudero para que se retirase.

—Ya estamos solos.

—Oid, noble Don Fadrique. Otorgada me teneis vos desde hace mucho tiempo la mano de vuestra bella hermana Doña Beatriz de Guzman.

—Es cierto.

—Este lazo debe aumentar nuestra amistad y unir al mismo tiempo nuestros bienes y personas para formar liga contra nuestro muy particular y detestado enemigo el marqués de Villena.

—Es tambien cierto.

—Pues bien, hay quien se opone á nuestros proyectos.

—Vive Cristo! y quién es el insensato al que creéis con derecho para venir á entorpecer nuestros planes?

— Leed.

Y Don Nuño pasó á Don Fadrique un escrito.

— Qué es esto?

— Clavado con una daga, — dijo Don Nuño, — lo han hallado esta mañana mis servidores en la puerta de mi palacio.

— Don Fadrique leyó:

«Al noble Don Nuño de Torre la Selva, salud!

«Si vais por la derecha, tropezareis conmigo; si por la izquierda, conmigo tambien; si en línea recta, conmigo siempre. Solo os queda un medio: retroceder. Entre vos y Doña Beatriz, está

EL DEL CAPUZ COLORADO.»

— Y bien, qué quiere decir esto? — preguntó Don Fadrique volviendo en todos sentidos el escrito.

— Cómo! no comprendéis?

— Nó á fé mia.

— Recordais el último torneo?

— Sí.

— Teneis presente al caballero vencedor?

— Un paladin incógnito?

— Sí. Pues bien, recordareis que este caballero recibió el premio de manos de vuestra hermana la cual, viéndole herido en un brazo, dióle para envolversele su capuz de grana.

— En efecto.

— Mas tarde, reales ó ficticias, se han atribuido á este incógnito varias hazañas, y el vulgo, dado siempre á lo misterioso, le ha aplicado el nombre de caballero del capuz colorado en memoria del que recibió de vuestra hermana y que, segun dicen, lleva puesto.

— Ah!

— Quiere pues decir todo esto que el incógnito es mi rival, que tiene pretensiones á la mano de Doña Beatriz.

Don Fadrique miró fijamente á Torre la Selva.

— Vos lo creéis así?

— El escrito lo manifiesta.

— Don Nuño, — dijo revistiéndose de altivez el de Guzman, — es demasiado noble mi hermana para fijar su vista en un aventurero paladin; estima en mucho el lustre de su prosapia para descender á unos vulgares y ro-

mancescos amores; es demasiado obediente para no cumplir la palabra que con vos tengo empeñada.

— Sin embargo, Don Fadrique, esta palabra que de vos he recibido, no me ha sido ratificada aun por vuestra bella hermana. Tengo vuestro consentimiento, pero no el suyo.

— Y para que lo necesitais? De cuando acá las hembras de Castilla se opondrian á la voluntad de los varones? Habeis visto jamás, Don Nuño, que una dama bien nacida se opusiera al mandato del gefe de su casa, siendo este fidalgo? Desengañaos, mi voluntad es la suya. Me obedecerá sumisa; para esto es mi hermana. Y en cuanto á este escrito, despreciadle como el parto de un loco. Qué teneis vos que ver con caballeros incógnitos, con aventureros de justas y galanteos? Suba él hasta vos y entonces podreis hablarle de igual á igual.

Don Nuño no contestó, pero en su rostro se pintó cierta espresion de desagrado.

— A Dios no plegue que dude nunca de vos ni de la vuestra palabra, pero el diablo anda suelto, Don Fadrique, y el corazon de las mugeres es una balista pronta siempre á dispararse del arco.

Don Fadrique reprimió un movimiento de despecho y dijo:

— Qué es pues lo que deseais? habladme claro.

— Que deis parte á vuestra hermana de la palabra que teneis empeñada conmigo.

— Sea, accedo á ello, y para probaros que es noble Doña Beatriz y que jamás desmentirá su cuna, irémos ahora mismo á su encuentro y la pedirémos dia para efectuar el enlace.

— Pláceme.

— Seguidme pues.

Abandonaron entrambos el salon de armas y despues de haber cruzado varios corredores, llegaron á las habitaciones de Doña Beatriz, pero no estaba. Hallábase con sus damas en un pabellon del parque. Allí se dirigieron los dos nobles.

A veinte pasos del pabellon que asomaba su redondez y góticas ventanas entre el bordado cortinaje de la enramada como un nido de amores oculto en el corazon del bosque, un jóven paje de rubia cabellera con las armas de Guzman en el pecho y el traje blanco y carmesí, que eran los colores de su dueña, se presentó á impedir el paso á los dos caballeros.

— Paje, id á decirle á Doña Beatriz que su hermano y el noble caballero Don Nuño desean presentarle sus homenajes.

El mensajero hizo un saludo y partió. Tardó buen rato en volver.

— Mi señora, — dijo el paje, — saluda á Don Fadrique su hermano y á Don Nuño el noble caballero, y les ruega que pasen adelante para sistir á la relacion del recién llegado trovador.

— Cómo! Hay un trovador con las damas? — preguntó Don Fadrique.

— Sí, está Arnaldo el famoso trovador provenzal, favorito de Doña Beatriz.

Don Fadrique y Don Nuño guiados por el paje entraron en el pabellon.

Cinco ó seis damas á cual mas bella estaban sentadas en un ángulo de la ovalada estancia y ayudaban á Doña Beatriz, colocada en medio de todas como una reina, á bordar una preciosa banda de colores entre los que sobresalian, sábiamente combinados, el carmesí y el blanco.

Renunciemos á pintar á Doña Beatriz. Son débiles todos los colores de la mejor paleta para dar una idea de su hermosura, de su gracia, de la espresion de su semblante. No basta saber que era llamada por todos *la bella de las bellas*? No basta saber que era en todas las justas y torneos la reina del amor y de la hermosura? No basta saber que al presentarse ella en un salon llena de damas seductoras de belleza y de atractivo, sofocaba con su rostro todos los rostros como desaparecen ante el esplendor del sol las tímidas y avergonzadas estrellas?....

Cuando andaba, sus piés apenas herian el suelo y uno se preguntaba como no nacian rosas en sus huellas; cuando hablaba su voz era dulce y simpática como el sonido de un harpa; cuando miraba, su mirada quemaba como un rayo de sol.

Bien venido sea mi noble hermano y su caballero huesped don Nuño! — dijo Beatriz al ver entrar á los dos nobles! — Dadles asiento, paje.

Los caballeros se sentaron inclinándose.

— En buen hora habeis llegado, señores, — continuó Doña Beatriz, pues vais á tener el placer de oir á mi trovador favorito cantar una de sus bellas baladas ó recitar una de sus pintorescas leyendas.

Don Fadrique y Don Nuño volviéronse entonces á un tiempo hácia el extranjero que la noble castellana les indicaba, y en el cual no habian fijado la atencion al entrar en la estancia.

Era un hombre de mediana edad, de facciones agradables y enérgicamente pronunciadas pero cubiertas con un baño de suavidad y dulzura: sus negros cabellos caian en flotantes rizos sobre sus hombros, desprendiéndose de una gorra carmesí de graciosa hechura, coronada con la simbólica pluma de pavo, pluma que estaba retenida por un cintillo de perlas, regalo de *la*

bella de las bellas: leíase en sus ojos la mas simpática espresion de melancolía y su cabeza se balanceaba nuellemente con la misma gracia particular que tenia cada uno de sus movimientos. Todo en aquel hombre revelaba la passion y el entusiasmo, pero reprimidas ambas cosas por la tristeza que debia roerle el alma como un cáncer.

Estaba apoyado con un brazo sobre su harpa en la mas natural y mas agradable postura, y se inclinó lijeramente al verse blanco de las miradas de ambos caballeros.

Beatriz dejó transcurrir un momento y prosiguió en seguida:

— Ayer cojí en mi verjel la primera violeta de los campos y hoy llega mi trovador Arnaldo á recitarme los poemas que ha compuesto espresamente para mí, durante las monótonas veladas del frio invierno. Oid, hermano; oid tambien vos, Don Nuño. Las cántigas de Arnaldo son dulces como los perfumes de las flores y patéticas como los suspiros del alma.

— Beatriz, — dijo entonces Don Fadrique, — deseara hablaros en particular....

— Despues será, hermano, — contestó con gracia seductora Beatriz; — oigamos primero á mi trovador que de lejos ha venido para cantarme sus trovas.

Y en seguida con la mas tierna espresion y clavando sus ojos en el trovador,

— Qué me traes, Arnaldo? — le dijo. — Has compuesto, desde que nos separamos la primavera última, muchas trovas?

— He compuesto, señora, tantas y mas de las que me encargasteis. Qué deseais oirme hoy? Un cantar ó una leyenda?....

— Mejor será una leyenda. Una trova interesaria mas al corazon de las damas, pero tienes por oyentes dos caballeros, es decir dos hombres acostumbrados á los clamores del combate y poco á las emociones del amor. Hagamos algo en su obsequio, ya que se dignan ser nuestros huéspedes. Recítales una leyenda de guerra.

El trovador meneó la cabeza.

— No sé ninguna leyenda de guerra — dijo Arnaldo bruscamente. — Yo solo habia compuesto para vos leyendas de amores.

Dijo esto sin mirar á los caballeros que hicieron un movimiento, en particular Don Nuño, ante aquella ruda franqueza.

— Es preciso perdonarle, Don Nuño, — se apresuró entonces á decir sonriendo Beatriz; — mi trovador es un leon que solo yo he domado. Verdad, Arnaldo?... Es preciso no contrariarle. Cántanos lo que quieras ó recítanos lo que

mas te plazca. Todo te lo oiremos con gusto.

—Señora, —dijo Arnaldo suavizada ya su espresion con la sonrisa de Beatriz; — os recitaré una leyenda, pero es muy triste, muy triste!

—No importa. Cómo la titulas?

—Dos corazones y un alma.

—Agrádame el título. Empieza pues.

Arnaldo bajó la cabeza como para concentrarse un instante y los rayos de sus ojos se escondieron bajo el velo de sus caidos párpados, pero no tardó en alzar la frente en que lucia el entusiasmo del trovador, el fuego del génio. Dió dos pasos hácia Beatriz, y se halló de este modo como colocado en medio de la asamblea. En seguida empezó con un acento de tiernísima espresion y con una voz melancólicamente dulce.

Doña Beatriz soltó el bordado y aplicó un dedo á sus labios para encargar á todos el silencio.

El trovador dijo de esta manera:

DOS CORAZONES Y UN ALMA.

Es á la Reina y Señora de los cielos, á la que tantas virtudes han coronado de laureles y á la que de la gracia y del candor ha obtenido la triunfante palma; es á aquella hasta quien ha subido, como un pájaro divino, el bello cisne de púdicas alas para abrigarse tímido en su regazo, á quien pido un poco de inspiracion y un poco de elocuente númen para que pueda contar la crueldad mas deplorable, la triste escena de un infortunio que lloran hasta las estatuas de bronce y de mármol.

En un reino cuyo nombre ya he olvidado, nació un príncipe, moreno de rostro, pero blanco de alma. Era bello como un crepúsculo de tarde. Las hadas asistieron á su nacimiento y tocándole con sus varas de junco verde, le dijeron: Tú seras feliz!

Pero llegó una *elfa* que venia del norte cabalgando en una nube blanca y tocándole con un ramo de flores le dijo: Tienes corazon. Tú serás desgraciado!

Dieron al príncipe el nombre de Arturo.

Cuando estuvo en edad, su padre le casó con una princesa que llegó á la capital para efectuar el enlace seguida de un ilustre cortejo y en particular de una dama, cuya belleza debia igualar á su desgracia. Era Edita la de los ojos negros. Ya os lo he dicho y esto os baste.

Y bien pronto murió la princesa. El dolor de su esposo fué cruel, y huyó de la sociedad con el corazon traspasado, como un gamo herido que se refugia en las entrañas de la selva.

Todo concluye con el tiempo. El dia sucede á la noche, la calma á la tempestad.

El príncipe para distraerse se paseaba por el jardin y se entretenia en mirar las flores. Un dia dejó las flores y se puso á mirar el agua de una fuente. Era una fuente tan rara que el estanque era de alabastro con otro estanque de plata.

Arturo se miró en el espejo de las aguas y vió en el fondo dos ojos negros clavados en sus ojos.

—Es extraño! —murmuró Arturo. — Hay dos ojos en el fondo del agua.

Y volvió á mirar y allí estaban los dos ojos.

El príncipe fué á dar una vuelta por el jardin. Era el primer dia de mayo. Los árboles llenos de hojas cantaban himnos, las enramadas sombrías llenas de misterio trovaban amores, las flores llenas de perfumes lanzaban suspiros.

El príncipe se dijo:

—Yo estoy inquieto, yo tengo algo en el corazon.

El fuego busca el agua. Arturo se volvió á la fuente y tornó á contemplarse en su frio cristal. Allí estaban los ojos. El príncipe volvió los suyos al cielo para demandarle la causa de aquel misterio y entonces tropezó su mirada con la de una muger que estaba inclinada sobre el espejo de la fuente.

Y era una muger bella para hacer morir de amor.

Y era Edita la de los ojos negros.

Y el príncipe sintió caer sobre su alma, una tras otra, una lluvia de saetas.

Pobre corazon herido! quién te cura ahora?

—Edita, yo te amo!

—Príncipe, yo te amo!

Se aman, ya lo veis; cómo impedirlo? Quién le dice al corazon: Detente! Tanto valdria decirle á un muerto: Levántate!

El príncipe le dijo á Edita:

—Yo te sentaré en un trono, yo te haré reina, yo seré tu esposo.

Mientras espera ser reina y sentarse en un trono, Edita es la esposa de Arturo. Se han casado en secreto, se aman, su felicidad no tiene límites porque su dicha es ignorada. Se ven en el fondo de un castillo como dos palo-